



PQ7082
P7
V3
v. 3

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Est. tip. de la Viuda é Hijos de Tello, C. de San Francisco, 4.

RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN TERCERO

I

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más corta, no hubiera ardidido la república romana en guerras civiles.

No es mío el pensamiento: me parece que es de Pascal; pero sea de quien quiera, bien se conoce que su autor no era romano.

Porque claro es que si Cleopatra hubiera tenido cuatro ó cinco milímetros menos de nariz, es decir, si ella hubiera sido la roma en el sentido material de la palabra, no le hubiera parecido tan bien á Marco Antonio, ni este desgraciado triunviro hubiera llegado á perder el juicio por ella, ni los otros dos se hubieran unido contra él, ni le hubieran zurrado en la sangrienta batalla de Actium, ni á ésta hubieran seguido

otras batallas no menos sangrientas, ni hubiera muerto la república, ni hubiera existido el imperio.

Quiere decir todo esto que de causas tan pequeñas é insignificantes como el tener una persona la nariz un poco más corta ó un poco más larga, pueden resultar efectos terribles y de gravísima transcendencia.

Un chiste inocente, ó poco menos, ha hecho en ocasiones correr más sangre y ha producido mayores estragos que la más reñida contienda sobre el derecho á la sucesión en un trono.

No se me olvida nunca... En el año de 1869, el Gobierno de la Revolución, para preparar el restablecimiento de la monarquía en España, quería ir desarmando á los voluntarios republicanos de las grandes poblaciones. Y las grandes poblaciones se iban sublevando contra el Gobierno unas después de otras, con todo el talento necesario para no triunfar; porque los republicanos, que suelen discurrir así como los peces... cocidos, aguardaban, para sublevarse en una población, á que fuera dominada la que se había sublevado antes, de modo que no necesitara el Gobierno más que un cuerpo de ejército para irlos metiendo á todos en cintura, ni necesitara el general Caballero de Rodas, que mandaba aquel cuerpo de ejército, más que trasla-

darse cómodamente de Cádiz á Málaga, de Málaga á Jerez y de Jerez á donde correspondiera en turno, para ir ahogando en sangre federal todos aquellos movimientos desordenados.

Pacificadas ya las poblaciones de Andalucía, se sublevaron también sucesivamente Barcelona y Zaragoza, volviendo á repetirse la lucha fratricida y los actos de valor tan increíble como mal empleado, particularmente en la capital aragonesa, donde los baturros llegaron á apoderarse de algunos cañones, acometiendo y matando á los artilleros á navajazos.

Valencia era la única población republicana que no se había sublevado ni parecía dispuesta á sublevarse.

Pero un día se le ocurrió á un periódico federal de Barcelona, titulado *La Flaca* (por contraposición á otro reaccionario de Madrid que se titulaba *La Gorda*), publicar una sencilla caricatura, tan sencilla que no contenía más que una hilera de gallinas con kepis y este rótulo en bajo: *Voluntarios de la libertad de Valencia*. Y en cuanto llegó á la ciudad del Turia aquel número de *La Flaca*, Valencia se sublevó también contra el Gobierno, sosteniéndose por tantos días, con tal tenacidad y tanto valor, que hubo de dejar pequeñas á sus hermanas en republicanismo.

Aquí tienen ustedes un chiste que costó centenares de vidas humanas é hizo correr la sangre á regueros.

Pues ahora verán ustedes un caso análogo en el que otro chiste tan inocente como el de *La Flaca*, ó más si cabe, ha producido efectos no menos bárbaros, ni menos horribles, ni menos desastrosos.

Aunque incruentos, eso sí; sin derramamiento de sangre, que es lo que significa ese adjetivo. Cosa que me parece conveniente advertir, por si acaso algún ejemplar de este libro fuera á parar á la redacción de cierto periódico madrileño de gran circulación que una de estas noches pasadas llamaba *incruenta* á la guerra de Cuba, con todas las salvajadas de Maceo y consortes.

Sin duda porque el tal periódico tendrá algún redactor discípulo de Doña Emilia Pardo Bazán, el cual, así como esta señora creía hasta poco hace que inhibirse era lo mismo que meterse á fallar una cuestión, creará que *incruento* es lo mismo que *cruel*, aunque algo más fino.

Pero vamos al caso.

Siete años hará, poco más ó menos, que á una insignificante revista literaria de América, que andaba inventariando los primores poéticos que se fabrican en las diferentes comarcas de por allá, se la ocurrió

decir, al llegar á Costa-Rica, que allí no se cultivaba la poesía, sino el café.

¡Nunca tal hubiera dicho!... Porque en seguida se le amontonó el juicio á un costarriqueño llamado Máximo Fernández, que comenzó á rebuscar y recortar periódicos viejos y á coleccionar poesías, vamos al decir, perpetradas en su tierra. Y con una constancia digna de mejor causa y aun de mejor efecto, llegó á formar dos tomos enormes de malos versos que se imprimieron en seguida en la Tipografía Nacional con el título de *Lira Costaricense*, para probar á la revista indicada que en Costa-Rica no solamente se cultiva el café, sino también la poesía.

Mas dejemos que lo cuente el mismo culpable.

«AL LECTOR.—No hace mucho tiempo que *al hacerse* referencia en una revista extranjera de los progresos de la literatura contemporánea, se dijo que en Costa-Rica no se cultivaba la poesía, sino únicamente el café.

»Esto me hizo concebir el proyecto de compilar algunos de los trabajos de nuestros vates...»

Ya lo ven ustedes. No puede estar más claro. Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más roma, y, lo que es casi igual, si la revista mencionada hubiera sido un poco menos aguda, ni antiguamente se hu-

hubiera dado la sangrienta batalla de Actium, ni ahora se hubiera organizado este otro ataque feroz contra el buen gusto.

Es decir, que sin el chiste aquél sobre el cultivo de la poesía y del café en Costa-Rica, no se hubiera publicado esta *Lira costa-ricense*, que, contra la intención de su autor, ha venido á desacreditar el café y la poesía costa-riqueños.

La poesía, porque á la vista está: no hay más que abrir el libro.

Y el café, porque cualquiera que, siguiendo la comparación, crea que el café de Costa-Rica no es mejor que la poesía del mismo terruño, tiene que creer que es muy malo...

Porque... verán ustedes cómo es la *poesía*:

«Ella fué *casta* paloma
De las de *plácido arrullo*,
Y que *dan el canto suyo*...»

¡Bueno! En primer lugar, *suyo* no es consonante de *arrullo*, por más que el autor se figure que lo es; y en segundo lugar, las palomas no pueden *dar el canto suyo*, porque no le tienen, y *nemo dat quod non habet*.

Las palomas tienen arrullo; pero el arrullo no es canto.

Como tampoco los ripios son poesía.

Otra muestra:

«AL 15 DE SETIEMBRE.»

No vayan ustedes á creer que se trata de alguna oda al Dulce Nombre de María, cuya fiesta celebra en esa fecha la Iglesia nuestra Madre. No. Por ahí no les suele dar á los *poetas* americanos.

Se tratará de celebrar cualquier fechoría de tercera clase. Empieza:

«Como turba de *buitres carniceros*...»

Esto es casi tan *nuevo* como aquello de llamar *casta* á la paloma y *plácido* al arrullo de la paloma.

Como turba de *buitres carniceros*
Que su sombra proyectan sobre el agua
Del *crystalino* lago en que se agitan
Los juegos de la luz y de la *escama*...
(*¡Me escamo de estos juegos bullidores!*
¡Serán juegos de manos ó de cartas!)
O como en noche *azul* cruza el espacio
Engendro del vapor *negro* fantasma...
(*O como cualquier cosa que al poeta*
Se le antoje poner por comparanza)
Del guerrero español sobre la América,
Así pasó la hueste sanguinaria...»

¡Gracias, hombre! ¡Muchas gracias por la finura!

¡Y pensar que el autor de estos versos lleva el apellido de *Alfarol!*... ¿De dónde creará el infeliz que le ha venido ese apellido sino de la *hueste sanguinaria* del guerrero español, como él dice?

Y no sólo el apellido, sino el empleo de Oficial Mayor en el Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento de Costa-Rica; porque claro es que si España no hubiera descubierto y civilizado aquello, no habría allí Ministerios de Gobernación, ni de Policía, ni de Fomento, ni siquiera Oficiales Mayores.

Y no sólo el apellido y el empleo, sino la lengua que habla, aunque mal, y el traje que viste; todo, en fin, lo poco ó mucho que le distinga de un indio de los del tiempo de la conquista, todo se lo debe á esta España á quien insulta, llamando á sus civilizadores ejércitos turba de buitres carniceros.

Y casi todos los americanos son así. Muy malos poetas; pero, en cambio, muy ingratos para con España, que les sacó de la barbarie y les quitó de andar con el taparrabos y las plumas.

«Como turba de buitres carniceros
Que su sombra proyectan sobre el agua...
(Y que serían carniceros buitres
Lo mismo, aun cuando no la proyectaran.)

Del guerrero español sobre la América,
Así pasó la hueste sanguinaria.»

Así: ni más ni menos.

Lo dice este Blas de por allá, y punto redondo.

Y añade todavía el mismo Blas prosáicamente:

«Aún se puede escuchar y no muy lejos
El crujido siniestro de sus armas,
Que se mezcla á los ayes de la *virgen*
Cuya modesta túnica desgarras.»

Esto parece referirse á Cuba. Como si la túnica de esta virgen vieja no la desgarraran sus propios hijos, los semi-salvajes que se han ido recriando allí con el auxilio generoso de España.

Y continúa:

«Pero tampoco Iberia solamente
Supo el dogal poner en la garganta.»

Donde á primera vista parece que quiere decir que Iberia no supo solamente eso, sino que supo otras cosas; pero luego resulta que lo que quiere decir es que no solamente Iberia fué quien supo eso, sino que también Inglaterra y Rusia supieron hacer lo mismo.

Es lo que pasa con esa sintaxis de doble efecto que suelen usar los americanos y algunos españoles: que hay que leer dos ó tres veces las cosas para enterarse del pensamiento del autor.

Y en algunos casos, ni aun después de mucho leer se entera uno tampoco del susodicho pensamiento, porque no existe.

Después de citar como testigos de sus afirmaciones á Irlanda sojuzgada, y triste además, y á Polonia *asesinada (sic)*, suelta el *poeta* estos trompetazos:

«La sombra por doquier: la *ley impía*,
El derecho del fuerte, la palabra,
Medio de adulación para el cinismo,
Para el hombre de honor amordazada.
Los derechos del hombre postergados...
(*Todo en prosa correcta, digo, mala.*)
Y el pensamiento puesto de rodillas...
(*En cuclillas mejor, más propio estaba.*)
Es la historia de ayer, *historia negra...*
(*¿Ha visto usted alguna historia blanca?...*
Siendo negra la tinta que se usa,
Por fuerza ha de quedar negra la plana.)
Es la historia de ayer, *historia negra*,
Que nos causa rubor al recordarla,
Y parece imposible que llegase...
(*A tan vil prosa la manía insana*
De hacer versos sin numen. ¿No era esto
Lo que iba usted á decir?... Me equivocaba.)

Y parece imposible que llegase
Hasta tanta maldad la especie humana.»

Tras de esta tirada de versos, prosáicos en la forma, y en el fondo progresistas de lo más primitivo, el Oficial Mayor del Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento de Costa-Rica, ó como si dijéramos á lo Nido, «el Gobernador Superior Civil de la provincia de Guadalajara», nos habla de Bolívar y de Washington y de los genios, y, por último, se consuela de todas las desdichas pasadas diciendo:

«Hoy el pueblo, por fin, sabe que puede
Abrir el *vasto* pecho á la esperanza,
Que hay una ley universal que borra
El *privilegio odioso* de las castas.»

Hoy, sí; hoy están ustedes en grande. Han borrado ustedes el *privilegio odioso* de las castas, y le han sustituido con el *privilegio amoroso* del más fuerte; de manera que cualquier Guzmán Blanco, es decir, cualquier Presidente de por ahí, se deshace de sus enemigos, ó sea de los aspirantes á la prebenda, con la misma facilidad con que se bebe un vaso de agua.

Hoy, libres ya de los *buitres carniceros* ó de las *huestes sanguinarias del guerrero español*, ya no tienen ustedes más que dos ó tres guerras al año en cada republi-

quilla de esas en que ustedes se distribuyeron á su gusto.

Ahora mismo está en revolución Nicaragua, como puede usted ver por el siguiente despacho, que corto de un periódico del día:

«AMÉRICA CENTRAL

»Nueva York 18 (Marzo del 96).

»Un despacho que acaba de recibirse de Managua (Nicaragua) anuncia que las tropas del Presidente Zelaya han tomado á los insurrectos el fuerte de Matapa. La lucha ha sido ruda y obstinada, sufriendo los últimos *mil bajas* entre muertos y heridos.»

Ya ve usted: mil bajas en un solo bando, en una sola batalla, sobre quién ha de ser Presidente de una república microscópica, en la que apenas cabe el Presidente, si es un poco alto, á ser enterrado á la larga.

Pues el año pasado también hubo sangrienta guerra presidencial en Colombia, y el antepasado en el Brasil, y el de más atrás en Chile, y el otro en Guatemala, y el otro en el Ecuador, y el otro en Buenos Aires... ¡En fin, una delicia!

Todo esto sin perjuicio de las guerras que de cuando en cuando tienen una república con otra; guerras humanísimas, en que son fusilados los vencidos por cente-

nares, y en que la república que puede más se monta sobre la que puede menos, y no la deja hasta exterminarla, como hizo Chile con el Perú y con Bolivia hace unos años.

Y luego, en el intermedio entre guerra y guerra, ¡disfrutan ustedes de una paz, una tranquilidad y una confianza!...

Precisamente hace pocos días anduvo rodando por todos los periódicos de Europa otro telegrama de Nueva York, según el cual el Presidente de la República de Venezuela, que se sentía amagado de sustitución y del consiguiente pasaporte para el otro barrio, estaba haciendo enseñar la instrucción á los reclutas de la última quinta con fusiles de madera, por temor de que si les daba fusiles de verdad se le iban á sublevar con ellos...

¡Esta es la paz, ésta la tranquilidad, ésta la confianza que disfrutan ustedes hoy desde que el pueblo *sabe que puede*, como usted dice,

«Abrir el *vasto* pecho á la esperanza...»

¡Valiente paz y valiente tranquilidad!

¡La desconfianza y la precaución llevadas hasta la ridiculez de instruir á los quintos con fusiles de madera, para que no puedan sublevarse, teniendo ocupados al efecto

en hacer fusiles de palo á todos los carpinteros de la república!

Y por supuesto, que los temores del Presidente no eran infundados, porque á poco de haber circulado la noticia anterior vino la de que, estando una tarde el Presidente en la Plaza de Toros viendo una corrida, se descolgaron del tejado sobre el palco presidencial doce hombres armados y le tiraron no sé cuántos tiros de revólver, aunque sin acertarle.

Y poco después ha circulado este otro telegrama, que no tiene desperdicio:

«CONSPIRACIONES EN VENEZUELA

(POR TELÉGRAFO)

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

700 detenidos.

Nueva York 10.

»La situación de Venezuela se agrava de día en día.

»En Washington se han recibido de Caracas telegramas particulares que dan cuenta del descontento de casi todos los conciudadanos del General Crespo.

»Este ha iniciado un verdadero reinado de terror.

»El Gobierno, ó más bien los agentes del Presidente, están conduciendo constantemente á las

cárceles ciudadanos de prestigio, entre los cuales figuran los más eminentes del país.

»El General Crespo, para justificar sus arbitrariedades, acusa á los detenidos de conspirar contra él, y los supone autores de diversos delitos.

»Excede ya de 700 el número de los detenidos, y algunos de ellos han muerto ó están muriendo en la prisión, víctimas de las privaciones y de los malos tratos.

»La irritación llega á tal extremo, que, según el testimonio de personas serias y dignas, se ha amenazado al General Crespo con la muerte si no pone pronto en libertad á los detenidos.

»Se teme que estalle en Caracas un movimiento insurreccional.—*United Press.*»

¡Verdaderamente tiene usted razón, señor Alfaro, para decir que hoy el pueblo *sabe* que puede ahí

«Abrir el *vasto* pecho á la esperanza...»

á la esperanza de que le abran en canal un día ú otro.

Siga usted enumerando las cosas que hoy sabe el pueblo:

«Que bajo el cielo azul son inmutables
La libertad y la igualdad humanas,
Que á la pupila y la razón vinieron
La luz del sol, la libertad de Francia.»

¡Hombre! ¿La libertad de Francia es la que ha venido á la razón de usted? ¿Y de qué le sirve á usted en Costa-Rica la libertad de Francia?...

A no ser que haya usted querido decir que la libertad vino de Francia... Mas para que lo escrito por usted dijera eso, tenía usted que haber puesto una coma después de la palabra libertad, supliendo el verbo *venir*, que queda atrás. Sin esa coma, la preposición *de* indica propiedad y no precedencia.

Pero, aparte de eso, la venida de la luz del sol á la pupila, ¿también cree usted, apreciable Sr. Alfaro, que es obra de la Revolución francesa?...

No, hombre, no. La luz del sol está viniendo á la pupila desde que Dios hizo al hombre, después de haber hecho también el sol y la luz.

De modo que usted, que al escribir eso acabaría usted de volver de Francia, según se deduce de lo que nos cuenta en su biografía D. Máximo el coleccionador, creyó usted, de seguro, haber hecho un bonito *pendant* á la parisiense en esos dos últimos versos

«Que á la pupila y la razón vinieron
La luz del sol, la libertad de Francia,»

y no hizo usted más que una simpleza.

Por cierto que también ha hecho otra Don Máximo, ú otras varias, al escribir la biografía de usted, pues ha colocado los párrafos de tal manera, que parece como que obtuvo usted el grado de bachiller (único de que á usted supone adornado) antes de los tres años de edad. Y esto regularmente no será cierto.

Siga usted diciéndonos las cosas que sabe hoy la gente:

«Que el derecho del hombre es más divino
Que el de una *imbécil* testa coronada.»

¡Es claro! En estando coronada una testa, tiene que ser imbecil, sin remedio. A lo menos, así se le figura á usted...

Pues mire usted: si eso fuera verdad y la recíproca lo fuera también, si además de ser por fuerza imbecil toda testa coronada, hubiera de ser también coronada toda testa imbecil, crea usted que muchos vates llevarían corona.

Siga usted:

«Que hay una luz *espléndida y potente*
(¿Nada más? ¡Poca cosa ciertamente!)
Que se vierte en inmensa catarata...
(¡Ah! por eso, sin duda, es tan barata
Que cualquier zascandil en ella trata...)

La luz de la verdad, en que podemos
 Beber hasta saciar nuestras... miradas,
 Sin que *un sér infernal* hacia la noche
 Quiera de nuevo *con horror* fijarlas...»

¿Con horror? ¿O con engrudo?...

Pobre, pedestre, prosáico, presumido,
 progresista, perverso... todas estas pes y
 algunas otras tiene el romance de usted,
 Sr. Alfaro: se lo digo para que usted no se
 envanezca.

Pero siga usted.
 Sabe también el pueblo

«Que hay un Dios de justicia y de clemencia,
 No de *negra y terrífica* venganza...»

Bueno: eso allá lo verá usted. Por de
 pronto, y para que después no se llame us-
 ted á engaño, le advierto á usted que el
 mismo Dios se llama á sí mismo, por boca
 de su Profeta, *Deus ultionum*, Dios de las
 venganzas.

Ahora, si después de esto sigue usted te-
 niendo el mal gusto de ser, sobre mal poe-
 ta, deísta, y se empeña usted en forjarse
 un Dios á su capricho... allá te las hayas,
 Marta, con tus pollos, como decimos los
 leoneses, ú *or compon*, *Mari-Anton*, como
 dicen los vascongados.

Pero esté usted seguro de que á Dios no

se le forma al gusto de cada uno, sino que
 existe por sí desde la eternidad, infinita-
 mente perfecto, y no dejará jamás de ser
 así porque usted y otros tengan la preten-
 sión arrogante y risible de hacerle ó con-
 trahacerle á la medida caprichosa de sus pa-
 siones.

Lo último que usted dice que el pueblo
 sabe es lo más gracioso, es decir, lo más
 disparatado.

«Y que de Francia el águila *altanera*
 (*¡Francesa había de ser la porretera!*)
 Depositó su nido en las montañas
 (*¡Depositara el nido: buenas mañas!*)
 Altísimas de América, y en ellas
 La prole pereció... (*¡Bien hecho! Gracias*
Mil sean dadas á Dios, porque no quiso
Que prosperase ahí la mala raza
Del águila rapaz!); pero animada
 De gigantesco germen... (*¡Hombre! ¡hombre!*
¿Después de perecer fué fecundada?
¿Qué nos cuentas, pecado?) Sobre el Norte
 El sol de libertad pudo incubarla,
 (*¡Ay, cómo disparatas, Alfarito!*
¡Ay, Alfarito, cómo disparatas!)
 Y ensayando su vuelo poderoso
 Se dirige en *magnífica* bandada
 Desde Méjico al Sur; y cuando cubra
 Bajo *el inmenso plieque* de sus alas
 El continente todo (*¡Vaya un plieque!*)

Bajo el inmenso pliegue de sus alas
El continente todo, entonaremos
El himno de la unión americana.»

Con letra de usted, naturalmente.
Y música del Presidente de Venezuela,
que debe de tener mucha gracia para eso de
unir á la gente... en la cárcel.

¡Entonaremos!...

Entonarán ustedes... morcilla.

Lo que harán ustedes es desentonar per-
petuamente.

Y reñir unos con otros y despedazarse
en guerras civiles... é inciviles.

Que es lo que han hecho hasta ahora
desde que se separaron de España.

Desengáñate, en fin, amigo Alfaro:
Si es que ahí el pueblo ignaro
Ve todas esas cosas que tú dices,
Es que ese pobre pueblo no ve claro,
O no ve más allá de sus narices.

Por aquí, después de leer esos versos,
no vemos más sino que no se necesita gran
cosa para ser en Costa-Rica Oficial Mayor
del Ministerio de Gobernación, Policía y
Fomento.

Con esos méritos, si hubiera justicia, no
se pasaría de auxiliar temporero con 4.000
reales.

Se conoce que en eso es en lo único que
están ustedes á nuestra altura.

Porque aquí también tenemos, por ejem-
plo, de Presidente del Consejo de Ministros
á un D. Antonio Cánovas, que hace versos
tan malos como esos y como los más malos
que se hayan hecho en el mundo.

Y aun las prosas las hace peores.

Y la política, no se diga.

Pero este encumbramiento ha sido un
descuido que no se repetirá, Dios mediante.

Y si no, ¿qué apostamos á que no llega
en su vida Morlesín á Presidente del Con-
sejo, y eso que hay quien cree que sabe
bastante más y tiene bastante más talento
que su amo?